

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: La orilla del río (1/12)

Topo había estado trabajando muy duro toda la mañana, haciendo la limpieza de primavera de su casita. Primero con la escoba, luego con el plumero; después en escaleras, peldaños y sillas, con un cepillo y un cubo de blanqueador; hasta que le entró polvo en la garganta y en los ojos, se salpicó de cal por todo su negro pelaje, tenía la espalda dolorida y los brazos cansados. La primavera estaba moviéndose en el aire por encima, por debajo, y alrededor de él, entrando incluso en su oscura y humilde casita, con su espíritu de divino descontento y anhelo. No es de extrañar, por lo tanto, que de repente tirara el cepillo al suelo diciendo:

—¡Maldita sea! ¡Oh, sopla! ¡Al cuerno la limpieza de primavera! —y salió de casa corriendo sin siquiera ponerse el abrigo.

Algo arriba lo llamaba imperiosamente, y se dirigió al pequeño túnel empinado que en su caso respondía al camino de grava de los animales cuyas residencias están más cerca del sol y del aire. Así que raspó, arañó, escarbó, escarbó y luego escarbó de nuevo; escarbó, arañó y escarbó, trabajando afanosamente con sus pequeñas patas y murmurando para sí mismo:

—¡Vamos arriba! ¡Arriba vamos! —hasta que, por fin, ¡pum! Su hocico salió a la luz del sol y se encontró revolcándose en la cálida hierba de un gran prado.

—Esto está bien —se dijo—. ¡Esto es mejor que limpiar! El sol le calentaba el pelaje, la suave brisa le acariciaba la acalorada frente, y después del aislamiento del sótano en el que había vivido tanto tiempo, el villancico de los pájaros felices llegó a su embotado oído casi como un grito. Saltando con sus cuatro patas a la vez, en la alegría de vivir y el deleite de la primavera sin su limpieza, siguió su camino a través del prado hasta llegar al vallado del otro lado.

—¡Alto! —dijo un conejo anciano en la encrucijada—. ¡Seis peniques por el privilegio de pasar por el camino privado!

En un instante fue derribado por el impaciente y desdeñoso Topo, que trotaba a lo largo del vallado regañando a los demás conejos que se asomaban apresuradamente desde sus agujeros para ver de qué se trataba el alboroto.

—¡Salsa de cebolla! ¡Salsa de cebolla! —comentó burlonamente, y se marchó antes de que pudieran pensar en una respuesta satisfactoria. Entonces todos empezaron a refunfuñar entre sí:

—¡Que tonto eres! ¿Por qué no le dijiste...?

—Pero, ¿por qué no le dijiste tú?

—Podrías habérselo recordado... —y así sucesivamente, de la manera habitual; pero, por supuesto, ya era demasiado tarde, como pasa siempre.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. Se paseaba animadamente de un lado a otro de los prados, a lo largo de los arbustos, a través de los bosquecitos, encontrando por todas partes pájaros construyendo, flores brotando, hojas creciendo... todo feliz, progresivo y ocupado. Y en vez de sentir que la conciencia le remordía y le susurraba "limpieza", de alguna manera solo podía sentir la alegría de ser el único animal ocioso entre todos esos ciudadanos ocupados. Después de todo, lo mejor de las vacaciones tal vez no es descansar, sino ver a todos los demás ocupados trabajando.

Pensó que su felicidad era completa cuando, mientras deambulaba sin rumbo, se detuvo de pronto junto a la orilla de un río caudaloso. Nunca en su vida había visto un río: aquel animal liso, sinuoso y corpulento, persiguiendo y riendo, agarrando cosas con un gorgoteo y dejándolas con una carcajada, para lanzarse sobre nuevos compañeros de juego que se liberaban, eran atrapados y retenidos nuevamente. Todo era agitación y escalofrío; destellos, destellos y destellos; susurros y remolinos, parloteos y burbujas. Topo estaba hechizado, embelesado, fascinado. Por la orilla del río trotaba como uno trota cuando es muy pequeño, al lado de un hombre que lo tiene hechizado con historias emocionantes; y cuando por fin se cansó, se sentó en la orilla, mientras el río seguía parloteando a su lado, una procesión balbuceante de las mejores historias del mundo, enviadas desde el corazón de la tierra para ser contadas por fin al insaciable mar.

Cuando se sentó en la hierba y miró al otro lado del río, le llamó la atención un oscuro agujero en la orilla de enfrente, justo por encima del borde del agua, y soñadoramente se puso a pensar en el agradable y acogedor que sería para un animal con pocas necesidades tener una pequeña residencia a orillas del río, por encima del nivel de inundación, lejos del ruido y del polvo. Mientras miraba, algo brillante y pequeño pareció centellear en el corazón del lugar, se desvaneció y volvió a centellear como una pequeña estrella. Pero difícilmente podía ser una estrella en una situación tan poco probable; y era demasiado brillante y pequeña para ser una luciérnaga. Entonces, mientras miraba, le hizo un guiño, declarando así que era un ojo, y una pequeña cara empezó a crecer gradualmente a su alrededor, como un marco alrededor de un cuadro.

Una carita morena, con bigotes.

Una cara redonda y grave, con el mismo brillo en los ojos que le había llamado la atención por primera vez.

Orejas pequeñas y cuidadas y pelo espeso y sedoso.

¡Era una Rata de Agua!

Ambos animales se quedaron quietos, mirándose con cautela.

—¡Hola, Topo! —dijo Rata de Agua.

—¡Hola, Rata! —dijo Topo.

—¿Te gustaría venir? —preguntó Rata.

—Oh, vamos, no digas tonterías —dijo Topo, de forma más bien petulante, pues era nuevo en el río y en la vida ribereña y sus costumbres.

Rata no dijo nada, pero se agachó, desató una cuerda y tiró de ella; luego se metió rápidamente en un botecito que Topo no había visto. Estaba pintado de azul por fuera y blanco por dentro, y tenía el tamaño justo para dos animales; y Topo se enamoró de él de inmediato, aunque todavía no comprendía del todo para qué servía. Rata cruzó inteligentemente y se afianzó. Luego levantó la pata delantera mientras Topo bajaba cautelosamente. —¡Apóyate en ella! ¡Ahora entonces, paso ligero! —le dijo. Y Topo, para su sorpresa y éxtasis, se encontró realmente sentado en la popa de un barco de verdad. —¡Este ha sido un día maravilloso! —dijo, mientras Rata empujaba y tomaba los remos otra vez—. ¿Sabes? Nunca había estado en un bote antes en toda mi vida. —¿Qué? —gritó Rata, con la boca abierta—. Nunca has estado en... nunca... bueno, yo... entonces, ¿qué has estado haciendo?

—¿Es tan bonito como todo eso? —preguntó Topo tímidamente, aunque estaba bastante dispuesto a creerlo mientras se recostaba en su asiento, contemplaba los cojines, los remos, las roldanas y todos los fascinantes accesorios y sentía el barco balancearse bajo él.

—¿Bonito? Es lo único —dijo Rata de Agua solemnemente, mientras se inclinaba para dar su brazada—. Créeme, mi joven amigo, no hay nada, absolutamente nada, que merezca tanto la pena como



simplemente perder el tiempo en los botes. Simplemente perder el tiempo. Perder el tiempo en los botes; perder el tiempo...

—¡Mira al frente, Rata! —gritó Topo de repente.

Era demasiado tarde. El bote chocó de lleno contra la orilla. El soñador, el alegre remero, yacía de espaldas en el fondo de la barca, con los talones en el aire.

—...en los botes... o con los botes —Rata continuó serenamente, levantándose con una risa agradable—.

Dentro o fuera de ellos, no importa. Nada parece importar realmente, ese es su encanto. Tanto si te escapas como si no; tanto si llegas a tu destino como si llegas a otra parte, o si nunca llegas a ninguna parte, siempre estás ocupado, y nunca haces nada en particular; y cuando has terminado, siempre hay algo más por hacer, y si quieres puedes hacerlo, pero es mucho mejor que no lo hagas. Fíjate. Si no tienes nada más que hacer esta mañana, ¿qué te parece si bajamos juntos al río y pasamos un largo día?

Topo movió los dedos de los pies de pura felicidad, abrió el pecho con un suspiro de plena satisfacción, y se recostó felizmente en los mullidos cojines.

—¡Qué día estoy teniendo! —dijo—. ¡Empecemos de una vez!

—Espera un momento! —dijo Rata. Pasó el cabo por una arandela de su embarcación, subió a su agujero de arriba, y tras un breve intervalo, reapareció tambaleándose bajo una gorda cesta de mimbre para el almuerzo.

—Coloca eso bajo tus pies —dijo al Topo, mientras la bajaba del bote. Entonces desató el cabo y volvió a tomar los remos.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Topo, retorciéndose de curiosidad.

—Hay pollo frío —respondió Rata brevemente—. Lengua-fría-jamón-frío-carne-de-vaca-fría-pepinillos-encurtidos-ensalada-rollos-franceses-berros-sandwiches-cerveza-de-jengibre-limonada-agua-soda...

—¡Oh, basta, detente! —gritó Topo extasiado—. ¡Es demasiado!

—¿De verdad lo crees? —preguntó Rata con seriedad—. Es sólo lo que siempre llevo en estas pequeñas excursiones; y los otros animales siempre me dicen que soy una mala bestia y que lo corto muy fino.

Topo no oyó ni una palabra de lo que decía. Absorto en la nueva vida que iniciaba, encandilado por el brillo, la ondulación, los olores, los sonidos y la luz del sol, arrastraba una pata en el agua y soñaba largos sueños despierto. Rata de Agua, como buen compañero que era, siguió remando con firmeza sin molestarlo.

—Me gusta mucho tu ropa, viejo amigo —comentó después de media hora más o menos—. Algún día me compraré un traje de terciopelo negro, en cuanto pueda costearlo.

—Te ruego me disculpes —dijo Topo, recuperando la compostura con esfuerzo—, debes pensar que soy muy grosero; pero todo esto es tan nuevo para mí. Así que esto es un río.

—El río —corrigió Rata.

—¿Y tú realmente vives junto al río? ¡Qué vida tan alegre!

—Junto a él, con él, sobre él y en él —dijo Rata—. Es como mi hermano y hermana; y tíos, compañía, comida y bebida, y (naturalmente) lavado. Es mi mundo, y no quiero ningún otro. Lo que no tiene no vale la pena tenerlo, y lo que no conoce no vale la pena conocerlo. ¡Señor! ¡Los momentos que hemos pasado juntos! Ya sea en invierno, verano, primavera u otoño, siempre tiene su diversión y emociones. Cuando hay inundaciones en febrero, mis bodegas y sótanos rebosan de líquido que no me sirve para nada, y el agua turbia corre junto a la ventana de mi mejor dormitorio; o también cuando todo se desvanece y muestra manchas de barro que huelen a tarta de ciruelas, y los juncos y las malezas obstruyen los canales, y yo puedo andar sin zapatos por la mayor parte del lecho y encontrar alimentos frescos para comer, ¡y las cosas que la gente descuidada ha dejado caer de los botes!

—¿Pero no es un poco aburrido a veces? —se aventuró a preguntar Topo—. ¿Sólo tú y el río, y nadie más con quien cruzar unas palabras?

—Nadie más con quien... bueno, no debo ser duro contigo —dijo Rata con indulgencia—. Eres nuevo en esto, claro que no sabes. El banco está tan abarrotado hoy en día que mucha gente se está marchando; no, ya no es lo que solía ser, en absoluto. Nutrias, martines pescadores, patos, gallinas de agua, todos ellos todo el día, queriendo que hagas algo, ¡como si no tuviera asuntos propios que atender!

—¿Qué hay allí? —preguntó Topo, moviendo una pata hacia un fondo de bosque que enmarcaba oscuramente las praderas acuáticas a un lado del río.

—¿Eso? Oh, eso es sólo el Bosque Salvaje —dijo Rata brevemente—. Los ribereños no vamos mucho por allí.

—¿No son... no son gente muy agradable ahí dentro? —dijo Topo, un poco nervioso.

—Bu-e-no —respondió Rata—, déjame ver. Las ardillas están bien. Y los conejos, algunos de ellos, pero los conejos son un lío. Y luego está Tejón, por supuesto. Vive justo en el centro de todo; tampoco viviría en otro sitio, aunque le pagaras por ello. ¡Querido viejo Tejón! Nadie se mete con él. Mejor que no lo hagan.

—¿Por qué? ¿Quién debería meterse con él? —preguntó Topo.

—Bueno, por supuesto... hay... otros —explicó Rata de manera vacilante.

—Comadreja, hurones, zorros, y demás. En cierto modo están bien; soy buen amigo de ellos, pasamos la hora cuando nos encontramos, y todo eso... pero a veces se pasan, no se puede negar, y entonces... bueno, no te puedes fiar de ellos, es un hecho.

Topo sabía muy bien que va en contra de la etiqueta animal hablar de posibles problemas futuros, o incluso aludir a ellos, por lo que abandonó el tema.

—¿Y más allá del Bosque Salvaje? —preguntó—. Donde todo es azul y tenue, y uno ve lo que pueden ser colinas o tal vez no, y algo como el humo de las ciudades, ¿o es sólo niebla?

—Más allá del Bosque Salvaje está el Gran Mundo —dijo Rata—. Y eso es algo que no importa, ni a ti ni a mí. Nunca he estado allí, y nunca iré, ni tú tampoco, si tienes algo de sentido común. No vuelvas a referirte a ello, por favor. ¡Ahora sí! Aquí está nuestro remanso por fin, donde vamos a almorzar.

Abandonaron la corriente principal y se adentraron en lo que a primera vista parecía un pequeño lago sin salida al mar. El verde césped se inclinaba hacia ambas orillas, las raíces de los árboles brillaban bajo la superficie del agua tranquila, mientras que delante de ellos el hombro plateado y la caída espumosa de una presa, junto a una rueda de molino que goteaba inquieta y sostenía a su vez una casa de molino de dos aguas grises, llenaban el aire con un murmullo de sonido relajante, sordo y sofocante, pero con pequeñas voces claras que hablaban alegremente a intervalos. Era tan hermoso que Topo sólo podía levantar las dos patas delanteras y jadear:

—¡Oh, Dios mío! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Rata llevó el bote a la orilla rápidamente, ayudó al torpe Topo a desembarcar con seguridad, y sacó la canasta del almuerzo. Topo suplicó como favor que se le permitiera desempaquetarlo todo él solo; y Rata estuvo muy complacida de consentirlo, y de tumbarse sobre la hierba y descansar; mientras su excitado amigo sacudía el mantel y lo extendía, sacaba todos los misteriosos paquetes uno a uno y disponía su contenido en el orden debido, todavía jadeando “madre mía” ante cada revelación. Cuando todo estuvo listo, Rata dijo:

—Ahora, ¡manos a la obra, viejo amigo! —y Topo se alegró mucho de obedecer, pues había comenzado su limpieza primaveral muy temprano aquella mañana, como suele hacer la gente, y no se había detenido a comer ni a cenar; y había pasado por muchas cosas desde aquella época, que ahora le parecía tan lejana.

—¿Qué estás mirando? —dijo Rata en ese momento, cuando su hambre se había calmado un poco, y los ojos de Topo pudieron apartarse un poco del mantel.

—Estoy mirando —dijo Topo—, una estela de burbujas desplazándose por la superficie del agua. Es algo que me hace gracia.

—¿Burbujas? ¡Oh! —dijo Rata, y gorjeó alegremente de manera contagiosa.

Un ancho y reluciente hocico asomó por encima del borde de la orilla, y Nutria se levantó y se sacudió el agua del pelaje.

—¡Mendigos codiciosos! —observó, dirigiéndose a la provisión—. ¿Por qué no me invitaste, Ratita?

—Esto fue un asunto improvisado —explicó Rata—. Por cierto, mi amigo el Sr. Topo.

—Orgullosos, seguro —dijo Nutria, y los dos animales se hicieron amigos de inmediato.

—¡Qué alboroto por todas partes! —continuó Nutria—. Hoy todo el mundo parece estar en el río. Subí por este remanso para intentar tener un momento de paz, y entonces me tropecé con ustedes... al menos, pido disculpas, no quise decir eso exactamente.

Hubo un susurro detrás de ellos, que venía de un arbusto donde las hojas del año pasado todavía se

aferraban gruesas; y una cabeza rayada, con altos hombros detrás de ella, se asomó sobre ellos.

—¡Vamos, viejo Tejón! —gritó Rata.

El Tejón trotó hacia adelante uno o dos pasos; entonces gruñó_

—Mmm, compañía... —y le dio la espalda y desapareció de la vista.

—¡Eso es justo la clase de tipo que es! —observó Rata decepcionada—. ¡Simplemente odia la Sociedad! Ya no lo veremos más hoy. Bueno, dinos, ¿quién está en el río?

—Sapo está fuera, por empezar —respondió Nutria—. En su flamante barco de apuestas, con ropa nueva, ¡todo nuevo!

Los dos animales se miraron y echaron a reír.

—Una vez, no era nada más que navegar a vela —dijo Rata—. Entonces se cansó de eso y comenzó a remar. Nada le complacía más que remar todo el día y todos los días, y se hizo un buen lío con ello. El año pasado se dedicó a navegar en casa flotante, y todos tuvimos que ir a quedarnos con él en su casa flotante y fingir que nos gustaba. Iba a pasar el resto de su vida en una casa flotante. Es siempre lo mismo, sea lo que sea a lo que se dedique; se cansa de ello y empieza con algo nuevo.

—También es un buen tipo —comentó Nutria reflexivamente—. Pero sin estabilidad, ¡especialmente en un bote!

Desde donde estaban sentados podían vislumbrar la corriente principal a través de la isla que los separaba; y justo en ese momento apareció un bote de apuestas, cuyo remero, una figura baja y robusta, chapoteaba mal

y rodaba bastante, pero se esforzaba al máximo. Rata se levantó y lo saludó, pero Sapo —porque era él—, sacudió la cabeza y se dedicó con severidad a su trabajo.

—Estará fuera del bote en un minuto si se balancea así —dijo Rata, sentándose otra vez.

—Por supuesto que lo hará —rió Nutria—. ¿Alguna vez te conté esa buena historia sobre Sapo y el cerrajero?

Sucedió así. Sapo...

Una Efímera errante se desvió inestablemente a contracorriente con la embriaguez que afecta a las Efímeras de sangre joven que descubren la vida. Un remolino de agua y un "¡clup!" y la Efímera ya no fue visible.

Tampoco Nutria.

Topo miró hacia abajo. La voz seguía resonando en sus oídos, pero el césped sobre el que se había extendido estaba claramente vacío. No se veía ni una Nutria hasta el lejano horizonte.

Pero de nuevo hubo una estela de burbujas en la superficie del río.

Rata tarareó una melodía, y Topo recordó que la etiqueta animal prohibía cualquier tipo de comentario sobre la repentina desaparición de los amigos en cualquier momento, por cualquier motivo o sin motivo alguno.

—Bueno, bueno —dijo Rata—, supongo que debemos irnos. Me pregunto quién de nosotros debería preparar la cesta del almuerzo —no hablaba como si estuviera terriblemente ansioso por el manjar.

—Oh, por favor, déjame —dijo Topo. Así que, por supuesto, Rata lo dejó.

Empaquetar la cesta no fue un trabajo tan agradable como desempaquetarla. Nunca lo es. Pero Topo estaba empeñado en disfrutarlo todo, y aunque justo cuando había empaquetado y atado bien la cesta vio un plato que le miraba desde el césped, y cuando el trabajo había terminado de nuevo Rata señaló un tenedor que cualquiera debería haber visto, y por último, ¡he aquí! el tarro de mostaza, sobre el que había estado sentado sin saberlo; aun así, de alguna manera, la cosa se terminó al final, sin mucha pérdida de temperamento.

El sol de la tarde estaba bajando mientras Rata remaba suavemente hacia casa en un estado de ánimo soñador, murmurando cosas poéticas para sí mismo, y no prestando mucha atención al Topo. Pero Topo estaba muy lleno de comida, autosatisfacción, orgullo y ya muy a gusto en un bote (así creía) y además estaba poniéndose un poco inquieto; y pronto dijo:

—¡Ratita! Por favor, quiero remar, ¡ahora!

Rata sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Todavía no, mi joven amigo —dijo—, espera hasta que hayas tenido unas cuantas lecciones. No es tan fácil como parece.

Topo se quedó callado durante un minuto o dos. Pero comenzó a sentirse más y más celoso de Rata, que remaba tan fuerte y tan fácilmente adelante, y su orgullo comenzó a susurrar que él podría hacerlo perfectamente también. Saltó y tomó los remos, tan repentinamente, que Rata, que estaba mirando hacia el

agua y diciendo más cosas poéticas para sí mismo, fue tomada por sorpresa y cayó hacia atrás de su asiento con las piernas en el aire por segunda vez, mientras que el triunfante Topo tomaba su lugar y agarraba los remos con toda confianza.

—¡Para, tonto del culo! —gritó Rata, desde el fondo del bote—. ¡No puedes hacerlo! Nos harás volcar.

Topo lanzó sus remos hacia atrás con elegancia, e hizo una gran excavación en el agua. No llegó a la superficie, sus piernas volaron por encima de su cabeza y se encontró tumbado encima de Rata postrada. Muy alarmado, se agarró a la borda y, al momento siguiente, ¡splash!

La barca volcó y él se encontró luchando en el río.

Qué fría estaba el agua y qué húmeda se sentía. ¡Cómo cantaba en sus oídos mientras bajaba, bajaba, bajaba!

¡Cuán brillante y bienvenido se veía el sol cuando subió a la superficie tosiendo y balbuceando! Qué negra fue su desesperación cuando sintió que volvía a hundirse.

Entonces una pata firme lo agarró por la nuca. Era Rata, y evidentemente se estaba riendo; Topo podía sentirla reír, bajando por su brazo y a través de su pata, y así hasta su cuello, el cuello de Topo.

Rata agarró un remo y lo metió bajo el brazo de Topo; luego hizo lo mismo por el otro lado de él y, nadando detrás, impulsó al indefenso animal hasta la orilla, lo sacó, y lo depositó en la orilla, un bulto blando y pulposo de miseria.

Cuando Rata lo hubo frotado un poco, y escurrido algo de la humedad, dijo:

—¡Ahora, entonces, viejo amigo! Trota arriba y abajo por el camino de tierra tan fuerte como puedas, hasta que estés caliente y seco de nuevo, mientras yo me zambullo por la cesta del almuerzo.

Así que el lúgubre Topo, mojado por fuera y avergonzado por dentro, trotó hasta secarse del todo, mientras que Rata se zambulló de nuevo en el agua, recuperó la barca, la enderezó y la amarró; trajo su propiedad flotante a la orilla poco a poco, y finalmente se zambulló con éxito en la cesta del almuerzo y luchó por llegar a tierra con ella.

Cuando todo estuvo listo para partir una vez más, Topo, flácido y abatido, tomó asiento en la popa del bote; y mientras partían, dijo en voz baja, quebrada por la emoción:

—¡Ratita, mi generosa amiga! Siento mucho mi conducta tonta e ingrata. El corazón me falla cuando pienso en cómo podría haber perdido esta hermosa cesta para el almuerzo. De hecho, he sido un completo imbécil, y lo sé. ¿Lo pasarías por alto esta vez, me perdonarías y dejarías que las cosas sigan como antes?

—Eso está bien, ¡bendito seas! —respondió Rata alegremente—. ¿Qué es un poco de humedad para una Rata de Agua? Estoy más en el agua que fuera de ella la mayoría de los días. No pienses más en ello; y, ¡mira aquí! Creo que es mejor que vengas y te quedes conmigo un tiempo. Es muy sencilla y tosca, ya sabes; no se parece en nada a la casa de Sapo, pero eso aún no lo has visto; aun así, puedo hacer que te sientas cómodo. Y

te enseñaré a remar y a nadar, y pronto serás tan hábil en el agua como cualquiera de nosotros.

Topo estaba tan conmovido por su amable manera de hablar que no pudo encontrar voz para contestarle; y tuvo que quitarse una o dos lágrimas con el dorso de la pata. Pero Rata amablemente miró en otra dirección, y en seguida los espíritus de Topo revivieron de nuevo, e incluso fue capaz de dar un poco de charla a un par de gallinas de agua que se estaban riendo entre ellos por su desaliñado aspecto.

Cuando llegaron a casa, Rata encendió una hoguera en el salón y sentó al Topo en un sillón frente a ella, después de traerle una bata y unas zapatillas; y le contó historias del río hasta la hora de cenar. Eran historias muy emocionantes para un animal terrestre como Topo. Historias sobre presas, crecidas repentinas, peces que saltaban y barcos de vapor que arrojaban botellas duras (por lo menos las botellas eran arrojadas, y desde barcos de vapor, como era de suponer), sobre garzas y sobre lo exigentes que eran al hablar, sobre aventuras en los desagües, sobre pescas nocturnas con Nutria o excursiones lejanas con Tejón. La cena fue de lo más alegre; pero muy poco después, un Topo terriblemente soñoliento tuvo que ser escoltado escaleras arriba por su considerado anfitrión, hasta el mejor dormitorio, donde pronto recostó la cabeza en la almohada con gran paz y satisfacción, sabiendo que su recién encontrado amigo el río estaba lamiendo el umbral de su ventana.

Aquel día fue sólo el primero de muchos similares para el emancipado Topo, cada uno de ellos más largo y lleno de interés a medida que avanzaba el maduro verano. Aprendió a nadar y a remar, y se aficionó al agua corriente; y con el oído pegado a los tallos de las cañas captaba, a intervalos, algo de lo que el viento susurraba tan constantemente entre ellas.